

El secreto de Marion

Jorge Valenzuela

Reunió con prisa el equipaje de mano que llevaba disperso en el asiento adyacente al suyo y nerviosamente dejó caer a sus pies el manojo de cartas que descansaba en su regazo. En la cuarta división del vagón de pasajeros sólo habían viajado ella y un hombre alto y de rostro apagado.

Al acomodarse sobre el hombro la correa de la cartera, se sintió fatigada. Deslizó la mirada a través de las ventanillas del vagón y pudo reparar en un largo cartel de bienvenida. Levantó la maleta comprimiendo todo su cuerpo, se encaminó hasta la portezuela que comunicaba con la división contigua y la traspuso revisando el recinto vacío que dejaba detrás. Rápidamente pudo llegar hasta la puerta de salida y descendió con precaución ayudándose en un recodo del pasamano. De pie en el andén distinguió un conjunto de bancas dispuestas en hilera con plazas disponibles, se acercó hasta ellas y finalmente se derrumbó liberando la tensión de sus músculos. Momentos después el andén quedó nuevamente flotando en el vacío, barrido por el silencio de los que abandonaban el lugar sin contemplar el rastro de humo pardo y negruzco que regaba la locomotora a su paso. Levantó consigo su equipaje, se dirigió hasta la entrada de la estación y desde allí pudo advertir el sofocante tráfico que rebalsaba por la calle que corría frente a ella. Descendió los escalones de mármol de la entrada y divisó el reloj de metal incrustado en lo alto de un viejo edificio. Alisó sus cabellos y

comenzó a caminar calmadamente hacia el terminal de taxis. Sin embargo, una lejana duda la asaltó haciéndola girar el rostro sin poder disimular una oscura incomodidad. Se detuvo unos segundos a pensar, atinó a coger su manojito de cartas y prosiguió su camino. "Me necesita", se dijo, "lo sé".

El taxi se detuvo frente a una casa con jardines exteriores, grandes ventanales obstruidos por un espeso cortinaje y fachada totalmente envejecida. El terreno en el que estaba enclavada era amplio y podía adivinarse un jardín posterior. Frente a ella la mujer pudo intuir las causas de un descuido tan evidente y permaneció contemplando la maleza que había invadido los bordes de la entrada. Después de unos instantes más se acercó hasta la verja de media altura que cercaba el frente y liberó el pestillo por dentro.

Se dirigió hasta la puerta para tocar. A los pocos segundos la silueta de un hombre de mediana estatura, con los rasgos de la vejez marcados en los pliegues del rostro y en la profusa canosidad de sus cabellos, se recortó en el vano. Su rostro ostentaba una barba de varios días, sonreía con dificultad y un aliento a alcohol se desprendía de su boca. Luego de un prolongado abrazo ambos se limitaron a guardar silencio. El hombre levantó la maleta, la miró fijamente a los ojos e ingresaron al recibidor.

— Marion —dijo el hombre en tono explicativo, después de cerrar la puerta. Sin mediar palabra la mujer lo tomó del hombro, levantó el índice hasta tocarle los labios en señal de silencio y se recostó sobre su pecho. El hombre la rodeó con sus brazos y le besó los cabellos con ternura. Inmediatamente después la condujo hasta la sala con pasos indecisos y le rogó que lo esperara mientras subía las maletas. La mujer permaneció con las manos cruzadas observando el juego mecánico de un reloj atrapado en una urna de cristal hasta que el hombre estuvo nuevamente frente a ella.

— Me has faltado tanto, Marion —dijo, tomándola de las manos—. Y tenemos tanto de que hablar. Bueno, llegas justo para la cena—. La condujo hasta el comedor, cruzándole el brazo por encima del hombro y le mostró la mesa. Cogió nuevamente su vaso de whisky que reposaba en ella—. ¡Esto hay que celebrarlo! Sólo debes esperar un par de minutos —agregó—, un par de minutos.

La mujer asintió con la cabeza y dibujó un gesto cansado con los labios.

— Está bien —dijo—. Antes quisiera reposar unos minutos—. Se liberó suavemente, enrumbó hacia las escaleras y agregó—: Tú también me has hecho falta, ¿lo sabías?, mucha falta.

Al abrir la puerta de su habitación algo extraño se apoderó de ella. Un aliento fresco escapó discretamente hasta inundarla y se sintió envuelta en una atmósfera que iba reconstruyendo con recuerdos vivos. Dio unos cuantos pasos, se detuvo bajo la lámpara de centro y advirtió girando en torno suyo que los objetos y la disposición de los muebles seguía igual. La habitación era grande y estaba impecablemente conservada. Se acercó al armario y pudo comprobar, como lo sospechaba, que su ropa y la que había heredado de su madre se mantenían como antes, protegidas del polvo gracias a unas cubiertas de plástico. "Nada ha cambiado", pensó. Descolgó un vestido con cuidado, un largo vestido de noche nunca usado por ella y comenzó a bailar con él en suaves evoluciones. Entonces recordó el rostro de su madre y su espléndida belleza. Su esbelta figura y su voz sensual, su presencia llenando toda la casa, la distancia que se había hecho cada vez más difícil de sobrellevar.

Inesperadamente se volvió hacia el espejo que reposaba sobre el tocador y pudo advertir que un inesquivable gesto de dolor habitaba su rostro. Trató de evitarse pero se sintió atrapada en los contornos de su propia imagen. Ahora podía ver el color artificial de sus cabellos y las opacidades de la piel. Se acercó más al espejo sosteniendo una mirada obsesiva y se mantuvo observando unos minutos el vestido de luces de su madre; apreciando la delicadeza del talle, el hermoso perfil del corte. En una reacción automática arrojó el vestido al piso, cerró los ojos y se sintió invadida por una profunda amargura. Al instante se dirigió hacia la puerta de la habitación, cogió la perilla con firmeza y cerró con llave cuidando de no hacer ruido. Volvió a la cama buscando reposo, se extendió sobre ella relajándose y logró con esfuerzo que una suave marea comenzara a mecerla en un concierto pausado, lento. Vinieron a ella soleadas tardes en una playa solitaria y el sonido de las olas que rompían en la orilla y que se extendían hasta besarle la punta

de los pies. El ocaso del sol moribundo, el espigón que levantaba una lluvia tupida cuando el mar se estrellaba contra él, y el rostro de su padre, iluminado por la luz de una pequeña lamparilla dentro de una carpa de lona. Sí, podía recordarlo todo con claridad y verse ahora recostada sobre su cama, las piernas extendidas, la ropa desencajada, las manos intranquilas. Rápidamente se incorporó negando con la cabeza y se acercó a la ventana frotándose los ojos. Vio entonces cómo el atardecer invadía la calle tendiendo un manto pardo que envolvía a los árboles y casas. Autos que se desplazaban con los faros encendidos y los postes de alumbrado apresurando el anochecer con la luz que arrojaban sobre la avenida. Apartó la mirada, buscó su cartera con vehemencia, extrajo un pequeño espejo y se comenzó a maquillar. Abanicó los párpados suavemente, retocó el color de su piel y liberó un gesto sensual. "Necesito tranquilizarme", pensó. Se acercó hasta la maleta, la tendió sobre la cama y sacó una chompa. Se la colocó removiendo los costados corridos a un lado y se volvió al espejo. Finalmente se devolvió una sonrisa mirándose fijamente a los ojos y salió de la habitación.

— Todo está bien, Marion —se dijo—. Todo está bien.

La mesa estaba puesta y había fuego en la chimenea. Una frutera con manzanas y damascos y una botella de vino tinto con dos copas de cristal labrado sobre un mantel blanco. Servilletas brocadas. El hombre había recogido las arpilleras que se extendían sobre las mamparas que comunicaban con el jardín interior y miraba hacia él sentado en un amplio sofá con un nuevo trago en la mano. En la mesa también habían dos velas encendidas.

— ¿Marion? —interrogó sin volverse, al escuchar unos golpes agudos que descendían por la escalera. La mujer apresuró el paso y en unos segundos pudo dominar completamente los ambientes. Observó la mesa del comedor y se hizo vivo un lejano recuerdo de su madre. Se encaminó silenciosamente hacia las espaldas del hombre, le vendó los ojos con alegre disfuerzo y preguntó risueña:

— ¿Quién soy?

El hombre dejó el vaso a un costado, colocó sus dos manos con suavidad sobre las de ella y pronunció su nombre pausadamen-

te. Luego se devolvió la visión apartándose las manos y se mantuvo en silencio, con la mirada fija en el jardín.

— Marion —dijo de pronto—. ¿Vienes a vivir nuevamente conmigo, no es cierto?

La mujer le estrechó las manos en un impulso incontenible rodeándolo por el frente y trató de levantarlo del sofá.

— ¡Vamos! —dijo, evasiva—. Ese jardín no está nada bien. Además la mesa luce divina—. Estrechó aún más las manos del hombre y recostó sus ojos en los de él.

— Recibí tus cartas —dijo—. Sé que todo será diferente desde ahora.

Al instante el hombre se levantó del sofá y bajó la mirada.

— Esas velas se están consumiendo —dijo la mujer—. Además ya tengo hambre—. El le devolvió una sonrisa.

Llegaron hasta la mesa y se sentaron frente a frente. El hombre comenzó a servir el vino.

— He dejado mi trabajo por ti —dijo la mujer observando el color granate que teñía las copas. El hombre detuvo el flujo del líquido y fijó la mirada en ella por unos segundos. Luego continuó sirviendo.

— Vivir solo es algo complicado —dijo—. ¿No lo crees?

— Lo sé —respondió la mujer.

Terminó de servir el vino, colocó nuevamente la botella junto a la frutera y levantó su copa.

— Brindo por ti, Marion —dijo—. Por ti.

— Yo brindo por nosotros.

Acercaron sus copas para el brindis y bebieron todo el contenido.

— Tu madre adoraba esta mesa —dijo el hombre, evocando con nostalgia—. ¿Lo sabías? Siempre que había algo que celebrar, ella se apresuraba en recordarme las cosas que no debían faltar. Hoy debes comprar damascos y manzanas, decía. ¡Y no olvides el vino!

— Sí —continuó fascinado—, puedo imaginarla aquí, frente a mí, liberando el humo de su cigarrillo con elegante indiferencia, observándome con amor, levantando su copa para mí, envolviéndome en el deseo que brotaba de sus ojos. Marion, su belleza, su forma de quererme. . .

De improviso el hombre suspendió la fuerza de sus palabras

y permaneció con la mirada incrustada en el fulgor de las velas, alejado completamente por el recuerdo, absorbido por el pasado. La mujer lo observaba.

— Marion —dijo después de unos segundos, visiblemente desolado—. ¿Vienes a quedarte conmigo? ¡Te he necesitado tanto!

La mujer respondió con una ambigua sonrisa insinuada en el apagado color de sus ojos y reclinó la cabeza. El hombre se sintió desconcertado y sólo atinó a insistir.

— Marion, ¿tengo que volvértelo a pedir?

En ese momento la mujer recordó las cartas y el impulso ciego que la había empujado a regresar. Las palabras envueltas en un clamor que se volvía plegaria y la visión de su propia vida, apartada, reducida al consuelo de los recuerdos. "Todo volverá a ser como antes", pensó, "estoy segura". Finalmente levantó el rostro y preparó cada una de las palabras en su mente:

— No —respondió—. No tienes que hacerlo. Ahora mejor comamos. Ambos necesitamos descansar.

Esa noche no pudo retener el sueño. "Me necesita", se repetía y en esa constatación depositaba mucho de lo que ella ambicionaba en realidad. La seguridad que le proporcionaban sus deducciones luego de la primera conversación con su padre después de muchos años le demostraban que no había cometido un error al volver. Las cartas parecían haberlo dicho todo. ¿Había algo más que agregar? Sabía bien que las palabras cuando no ayudaban confundían los deseos. ¿Por qué no dejar que las cosas se desarrollaran con naturalidad? El recuerdo de su madre la perturbaba, no obstante había aprendido a vivir con él. Lo aceptaba y estaba segura que era mejor que las cosas marcharan así. No debía ignorarlo por ningún motivo. Los días que siguieron a su regreso los ocupó en el aprendizaje de las costumbres de su padre, un aprendizaje que no descuidó el menor detalle. Intentó descubrir lo que había detrás de cada uno de sus actos y de las largas miradas que sostenían cuando el vacío comenzaba a rondar alrededor de ellos.

Fue así que progresivamente, y para sorpresa suya, fue comprobando que su padre era un ser más complejo que el que había abandonado algunos años atrás. Alguien a quien creía conocer y que sin embargo comenzó a sentir lejano, distante en los momen-

tos en los que ella alentaba la intimidad propicia para el diálogo abierto y sincero. Era inexplicable. A pesar de todo secretamente albergaba la posibilidad de que sólo se trataran de suposiciones suyas.

Con el paso de los días todo comenzó a ser monótono de una forma inevitable y ella se sintió envuelta en el fantasma del error. Sin embargo el compromiso había sido sellado y no había forma de retroceder. Sabía bien que todo había resultado incomprensible y que una fuerza ingobernable la impulsaba a detener el dolor instalado en su vida. Esta era su única oportunidad.

Inicialmente se había detenido en la posibilidad del cambio. Su vida hasta entonces se había reducido a ciertos momentos de alegría dispersos en la memoria, sumidos en el sopor de la tristeza y la soledad. Volver a casa significaba el reencuentro con lo único que poseía.

No esperaba que su padre volviese a vivir como cuando su madre vivía. Sabía bien que esa muerte había motivado mucho de lo que ella veía a su alrededor, pero conservaba la esperanza de que todo fuera diferente y que se diera paso al olvido. Ambos habían alimentado sus días con recuerdos. De esa forma el contacto interrumpido durante años había levantado en cierta forma un muro infranqueable, imposible de remontar. Entonces comprendió que las cartas podían reducirse a un llamado desesperado, un último llamado del que no se podía, a pesar de todo, estar seguro.

Como lo esperó llegaron las primeras cartas de sus amigos del trabajo pero no las respondió. Confirmaba al remitente con un gesto de indiferencia y luego las rompía sin abrirlas. Cuando se cumplió un mes de su regreso y su padre se convirtió en una sombra incrustada en el recuerdo de su esposa, el diálogo se interrumpió y ella pasó a convivir consigo misma, como lo había intuido desde el principio sin aceptarlo. Entonces las dudas crecieron hasta inundarlo todo y ella se sintió prisionera de un destino que no se merecía. Sin embargo de algo estaba segura: no se sometería sin oponer una segura resistencia. Era lo único que podía pedir. Debía encontrar esa única salida que la ayudara a reconstruir todo lo que el tiempo había destruido desde la muerte de su madre. Comenzó a detenerse en sus recuerdos con más cuidado sin dejar escapar el menor indicio, sin dejar de vivirlos en la intensidad adecuada. Recuerdos lejanos, apagados, volvían a instalarse en ella, a ser parte de su vida cotidiana. Pronto entendió que debía com-

partirlos con su padre y que esa podía ser, después de todo, una opción de vida. Encontró entonces un reducto transparente que podía unirlos y que se mostraba favorable. En algún momento pensó que podría vivir así, si seleccionaba sólo lo positivo y si se hacían vida intensa los recuerdos más hermosos. Sin embargo se detuvo a combatir su propia resignación y a demostrarse que ése sólo sería un escape, que la vida la tentaría en todo momento con un ansia creciente hasta que todo volviera a repetirse desde el principio, cuando ella tomó la decisión de marcharse. A menudo regresaba a las cartas y hurgaba exhaustivamente en cada una de las palabras que la habían impulsado a regresar. Comprobaba que la soledad envolvía a cada uno de los ruegos de su padre y que era verdad, finalmente, que la necesitaba. No había duda. Pero, ¿cómo la necesitaba? ¿La quería como una sombra a su costado recogiendo sus pasos hasta la muerte?

“Cambiar a veces resulta más difícil que aprender a vivir”, se decía. No le exigiría que sepultase el recuerdo de su madre. Sabía bien que esa era la única razón que podía mantener a su padre con vida y que por encima de todo debía cuidar esa manera de estar conectado con la realidad. El recuerdo era opresivo, era cierto y nada se podía contra él. Su madre flotaba en el ambiente y todo lo que los rodeaba era la extensión de ella, de su delicadeza, de su gusto, de su inteligencia, de su amor.

Los días siguieron demostrándole a cada momento que las posibilidades de cambio se diluirían si seguía alimentando esa forma de vida. Debía tomar una decisión. Durante noches enteras barajaba todas las posibilidades que su imaginación podía producir. En ese punto la dependencia de su padre frente al alcohol se había hecho más profunda. Todo hacía parecer que él sólo había esperado su regreso para que finalmente comenzara a entregarse a la autodestrucción con mayor libertad. ¿Acaso quería que ella fuera testigo de eso?

A veces se imaginaba como una mujer injustamente encerrada en una prisión.

Debía tener la compañía de alguien. Esa sería la única salida. Debía por todos los medios accesibles volver a intentarlo todo desde el principio. Olvidar quién era, pensar en la felicidad como una obligación consigo misma, no retardar el menor esfuerzo. Actuaría de acuerdo a sus instintos. No los traicionaría en ningún caso. Sen-

tía bullir en ella diversos sentimientos confusa y hasta contradictoriamente. Debía ordenarse. Sin embargo estaba segura de algo. Debía amar, arrancar de sí el dolor, la amargura que había hecho de ella un ser hasta cierto punto artificial. Comenzó a preocuparse de su apariencia. Rescatar su belleza apagada, el natural esplendor heredado de su madre. Establecer un pacto de belleza consigo misma, volver a desarrollar su amor propio sepultado por una excesiva preocupación frente al mundo exterior.

Pronto descubrió el encanto de sus ojos y cierta efervescencia que brotaba de ellos cuando sonreía. La misma sonrisa de su madre. La juventud la había abandonado era cierto pero la imagen de una mujer digna se sostenía en cada uno de sus gestos. Había escogido la soltería como una opción entre otras y sabía que eso le había dado en su momento la fuerza que ahora sentía ajena por completo. Debía recuperarla. Haber vivido tanto tiempo sola después de todo resultaba ser una prueba de valor y las lecciones que había aprendido no eran nada desdeñables. Sin embargo sentía un profundo temor de entregarse a alguien por completo. No había amado a nadie con la certeza que da el amor cuando es verdadero y de nada servía esa seguridad que recordaba más como una actitud defensiva que como la afirmación de una persona en el sentido pleno. Se sentía, a pesar de todo, desprotegida, completamente sola en un mundo que la atemorizaba a pesar suyo. Quería estar segura del camino por el que transitaba, ansiaba una vida sin temores.

Una noche después de largas meditaciones pensó que huir sería la única salida. Abandonarlo todo, olvidar las razones que la habían impulsado a volver, pensar que todo había sido un error y que no cometía ninguna falta si abandonaba a su padre a una suerte que ella no había alimentado ni con el pensamiento.

Meditó sobre el futuro de ambos nuevamente separados y sobre la imposibilidad de una vida fundada en la tranquilidad. Sabía que le pesaría por el resto de sus días el haber tomado una decisión así. No obstante ahora se manifestaba con más fuerza el ánimo que la había llevado a hacer ciertos cambios. Había recuperado el amor propio y conquistado una defensa contra la infelicidad que no la convertían en otra mujer pero que la dotaban de una ansiada seguridad, nueva, vigorosa. No se trataba tampoco de engañarse de manera que todo quedara arreglado por obra de un egoísmo que no sentía. Sólo se trataba de comprender. Sin embargo comen-

zó a sentir un miedo incomprensible a sí misma, a lo que sería capaz de hacer por ser feliz. El proceso de destrucción de su padre se había iniciado y todo hacía parecer que era irreversible. Lo intentó todo y todo fue inútil. ¿La había engañado entonces? ¿Alentó su regreso sólo para que alguien fuera testigo del horror que había significado para él perder a su esposa? Se sentía capaz de todo. De dejar encerrado a su padre entre las cuatro paredes de esa casa que volvía a convertirse en un escenario de triste recuerdo, de marcharse en cualquier momento, de maldecir mil veces a la vida, a su padre y a sí misma, por creerse capaz de lo peor. Una rabia incontenible la invadía, un deseo de no estar viva.

Habían pasado dos meses de su regreso y ya no le quedaban dudas de lo que sería de ella en adelante. Progresivamente fue entregándose al abandono total hasta que no tuvo reparos consigo misma.

La noche se había desplomado sin dar tregua a los últimos reflejos de la tarde. Ella apenas si lo pudo notar. Había comenzado a beber, como en los últimos días, en busca de sosiego. Recostada sobre el sillón que miraba hacia la calle, dejó que la botella de vino que tenía entre las manos, fuera destilando el contenido en un vaso pequeño, hermosamente tallado. Inicialmente había tratado de distender la habitual presión que sentía en su cabeza, pero esta vez se había sentido envuelta en un suave confort. Se sentía relajada.

Pensó en su padre y lo imaginó como ella; entonces creyó compartir como él un reducto íntimo e impenetrable y que ahora comprendía en toda su magnitud. “¿Por qué sufrir?”, pensó. Volvió los ojos hacia la calle a través de las cortinas y distinguió con claridad a un hombre que caminaba apresuradamente. Nada cambiaría, lo sabía bien.

Sin premeditación se incorporó dejando la botella sobre el velador y se acercó a correr la cortina. Quería estar sola. Sus movimientos eran lentos, difíciles. Por un instante el vaso dudó en sus manos, cayó al suelo y se rompió.

— Estoy hecha una ruina —maldijo.

Estuvo a punto de llorar pero se contuvo. Trató de reunir los

pedazos rotos ayudándose con los pies, pero abandonó la tarea. Con dificultad pudo acercarse hasta su cama y se extendió sobre ella. Se sintió pesada, inútil. Volvió sobre cada uno de los objetos de la habitación con extraña admiración, como si todo le fuese desconocido. Su mirada tropezó con el tocador, con los sillones, con la lámpara de centro, hasta que se detuvo en el armario. Recordó entonces con una fuerza incontenible el primer día de su regreso, la imperiosa necesidad de volver a su habitación, de verlo todo nuevamente, de comprobar lo que había intuido en muchos años.

Se sintió poseída de una profunda certeza y tuvo miedo. Se incorporó nuevamente, corrió hasta el armario y tiró de las puertas con violencia. El vestido de luces y el reflejo de las lentejuelas se estrellaron contra ella. Todo volvía a repetirse. Sin embargo esta vez lo descolgó con cuidado y lo extendió sobre la cama. Ahora todos sus movimientos escapaban a su voluntad. Lentamente comenzó a desvestirse hasta quedar totalmente desnuda. Se dirigió al espejo, observó sus senos, deslizó las manos por su cintura y se acarició el sexo. Volvió hasta la cama, levantó el vestido y se introdujo en él. Corrió el cierre escondido a un costado de la prenda y volvió a ver su reflejo en el espejo. Recordó el rostro de su madre y se llevó las dos manos al rostro. Comenzó a caminar por la habitación impulsada por una ansiedad indomable y volvió a la botella. La cogió con imperiosa necesidad, se la llevó a la boca y bebió un gran sorbo. Se dirigió hasta la puerta de la habitación. Cuando estuvo frente a ella sintió temor, un temor antiguo. Sin embargo la abrió decididamente y la traspuso a pesar de todo, maldiciendo, negándose a sí misma. Todo era una confusión. Dejó la botella en el inicio de la escalera y comenzó a descender los altos escalones. Algo le había dicho que su padre se encontraba en su habitación. Bajó al bar y cogió dos vasos. Luego se dirigió a la cocina, abrió el refrigerador y sacó un par de hielos. Volvió al bar, los introdujo en los vasos, agregó whisky y tomó una bandeja plateada. Colocó los vasos sobre ella y se dirigió a la habitación de su padre.

Ayudándose con una mano pudo abrir la puerta. Todo estaba oscuro. Encendió la luz. Entonces pudo verlo. Su cuerpo estaba extendido sobre la cama y sostenía un vaso a medio consumir. La mirada incrustada en el cielo raso. Dejó la bandeja, se acercó hasta él y lo tomó de la mano. Su padre devolvió la mirada y sonrió, pe-

ro sus ojos estaban totalmente extraviados. Ella le acarició la frente y, sin poder evitarlo, lo besó en los labios. Luego comenzó a desabotonarle la camisa.

— Ahora ya no estaremos solos —dijo, segura de sí misma— No más.

Se acercó hasta la puerta, la cerró y presionó el interruptor de luz.